

DISCÍPULOS DEL AMOR CON AGUSTÍN DE HIPONA

El domingo 22 de abril de 2007 Benedicto XVI visitó Pavía, ciudad lombarda que custodia los restos de san Agustín. Durante la misa matinal expuso desde una serena lectura de las *Confesiones* diversas clases de conversión. Las Vísperas de la tarde, horas después, le permitieron manifestar que en ese momento conclusivo su visita tomaba la forma de peregrinación que él mismo había concebido al inicio, pues le venía de atrás el deseo de llegarse hasta la urna del santo para rendir el homenaje de toda la Iglesia católica a uno de sus "padres" más destacados y, a la vez, "manifestar –añadió- mi devoción y mi gratitud personal hacia quien ha desempeñado un papel tan importante en mi vida de teólogo y pastor, pero antes aún de hombre y sacerdote". Homenaje de toda la Iglesia, pues, y, al propio tiempo, devoción y gratitud personales.

Teólogo y pastor, hombre y sacerdote, cuatro facetas biográficas del actual sucesor de san Pedro con evidente huella agustiniana. Ninguna excluyente en su caso. Todas complementarias entre sí. Juntas siempre en un padre y doctor de la Iglesia, mentor y maestro, que desde su vida y escritos, en resumen desde su magisterio todo, les da cohesión a la vez que las configura biográficamente. Buen argumento, en definitiva, para tesis doctoral. Uno aquí, la verdad, no pretende tanto; se contenta con que sirvan de cañamazo para las reflexiones subsiguientes. Más que nada por el atractivo de cada una, aunque sin omitir tampoco en quien las ostenta el peso específico de todas juntas.

Entiendo que los papas más cercanos a san Agustín durante los siglos XX y XXI son Pablo VI y Benedicto XVI. Y que las alas del Águila de Hipona son lo cordial y lo intelectual. Si el de Pablo VI se antoja un agustinismo de tipo cordial, el de Benedicto XVI, en cambio, parece más intelectual. Todo ello, claro es, no impide reconocer la presencia de ambas dimensiones en cada uno, pero el detalle, ya digo, quizás exija ese matiz que apunto. Adentrados en el Vaticano II de la mano de Pablo VI, que fue su verdadero arquitecto, se advierte luego que la suya es eclesiología genuinamente agustiniana. Y si lo hacemos con Benedicto XVI la conclusión arrojará también que, sin haber sido padre conciliar –porque fue sólo perito-, en él, en su cátedra de Tubinga y posterior trayectoria teológica y pastoral quiero decir, predomina el Hiponense de su director de tesis y agustinólogo Göttlieb Söhngen. La jornada de Pavía fue ideal para comprobarlo.

1. Compartir el camino conversional de san Agustín. "Quien lee las *Confesiones* – adelantó el papa Ratzinger por la mañana- puede compartir el camino que Agustín, en una larga lucha interior, debió recorrer para recibir finalmente, en la noche de Pascua del año 387, en la pila bautismal, el sacramento que marcó el gran cambio de su vida". Las Jornadas Agustinianas del XVI Centenario de la conversión de san Agustín, Madrid, 22-24 de abril de 1987, me depararon la oportunidad de pronunciar una conferencia titulada precisamente *San Agustín y su "conversión pascual" del año 387*, recogida luego en el libro de ponencias. Su finalidad de fondo no es otra que probar varios puntos relativos a cuanto ahora Benedicto XVI en este citado fragmento deja entender.

Maticemos primero lo de "larga lucha interior". Analizado el camino recorrido por el neoconverso desde jornadas más o menos anteriores a Casiciaco hasta la de su bautismo en Milán permite a quien lo indague distinguir un quehacer largo, duro y fatigoso, lleno de

dificultades. Porque la conversión del Neoplatónico de Tagaste -circunstancia que no siempre se destaca-, fue primero intelectual y luego cordial. No es, pues, en tal sentido, equiparable, por ejemplo, a la de san Pablo, pese a que uno y otro sean considerados exponentes de los grandes convertidos en la Iglesia católica y entre ambos reine, a efectos que no son éste que aquí analizo, gran afinidad.

Otro matiz a considerar es el del modelo conversional que dicho camino arroja: san Agustín no se convierte a Cristo, de quien nunca se alejó, sino a la Iglesia católica. Por decirlo con el beato Juan Pablo II en su carta apostólica *Augustinum Hipponensem*: “no se trató [en la conversión de san Agustín] de una conquista de la fe católica, sino de una reconquista. La había perdido, convencido, al perderla, de que no abandonaba a Cristo, sino más bien a la Iglesia” (o.c.,1). Ni siquiera sería correcto afirmar que la conversión del “Toma y lee” (*Tolle, lege*) fue al catolicismo –adonde, por cierto, ya había llegado-, sino más bien a la vida monástica dentro de la Iglesia católica. De ahí la jubilosa reacción de santa Mónica comprobando que sus oraciones le habían reportado “un gozo mucho más pleno de lo que ella había deseado” (*Confesiones*, 8,12, 30) Con el Tratado de Gracia en mano, cabría extraer de todo esto dos conclusiones a cual más digna de ser tenida en cuenta dentro de la sociedad contemporánea: una, lo infalible de la oración, que no falla; y otra, que Dios nunca se deja ganar en generosidad.

El tercer motivo digno de nota deriva del sacramento del bautismo. Hay en el libro IX de las *Confesiones* como una sostenida e implícita referencia a la gracia bautismal en cuanto cumbre del *Tolle, lege*. La preocupación que en Casiciaco sigue pesando en el ánimo del neoconverso disertado con el grupo, mañana y tarde, en oración compartida y enseñanza comunicada proviene de no haberle sido aún perdonados sus pecados por el sacramento del *tránsito pascual*. Indirectamente lo reflejan la sensación de tranquilidad y el aire como liberador de un peso que la gracia bautismal le produce apenas recibida. Cuando Agustín escribe las *Confesiones* y rememora estos hechos remotos, ya obispo maduro él, sabe de sobra que el bautismo es sacramento que regenera al hombre, le hace partícipe de la divina naturaleza, transforma de manera radical su persona toda. Recibidas las aguas bautismales, Agustín pudo por fin abrirse de lleno a Dios; y la divina gracia en él, por su parte, hacerle querer en plenitud lo que hasta entonces sólo parcialmente había querido. Excusado es decir que de tales consideraciones deriva también aquí una poderosísima carga sacramental y ascética con notorio reflejo en cualquier biografía cristiana.

Acierta plenamente Benedicto XVI cuando del sacramento bautismal en el neófito Agustín afirma que marcó el gran cambio de su vida. A esto sin duda viene otro de los puntos destacables en el camino conversional referido en el libro IX de las *Confesiones*, un libro, según definió finamente el cardenal Pellegrino, *de la luz, de la paz y del gozo*. Un libro, añadido yo ahora, del Agustín sacramentalmente renacido, del neófito que acaba de resucitar haciendo suya –Pascua de Aurelio Agustín- la Pascua de Cristo. Agustín convertido aprendió a seguir convirtiéndose, principio que, dado el carácter didáctico de su obra inmortal, puede interesar a cada lector de sus estremecidas páginas: de ahí el inicio del texto papal: “Quien lee las *Confesiones* puede compartir el camino que Agustín, en una larga lucha interior, debió recorrer”. Emplazando este mensaje dentro de la catequesis actual, se advierte que eso, y no otra cosa, quiere significar el exhorto a vivir diariamente la vocación cristiana. Vivir ésta conlleva una renovada conquista espiritual.

2. El inacabado camino de la vida cristiana. A ello aludió Benedicto XVI con este breve fragmento de su homilía matutina: “Siguiendo atentamente el desarrollo de la vida de san

Agustín se puede ver que su conversión no fue un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino un camino. Y se puede ver que este camino no había terminado en la pila bautismal. Como antes del bautismo, también después de él la vida de Agustín siguió siendo, aunque de modo diverso, un camino de conversión, hasta en su última enfermedad". De acuerdo, pero vale la pena que maticemos un poco. Lo medular de la teología y de la mística agustinianas se reduce a puro dinamismo y a proceso de conversión continua, porque "Aquel a quien hay que encontrar –dice preciso- está oculto para que le busquemos; y es inmenso, para que, después de hallado, le sigamos buscando [...]. Porque llena la capacidad de quien le busca y hace más capaz a quien le halla, para que, cuando pueda recibir más, torne a buscarle para verse lleno" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 63,1). De ahí su inmediato exhorto: "Busquemos siempre, y que el fruto de haber hallado no sea el término de la búsqueda" (*Ib.*). En resumen, mensaje de conversión permanente que nos proyecta hacia el constante saboreo de Dios en el alma. Poseídos por Dios y satisfechos de puro insatisfechos de Dios que nos anima y sigue animando hasta darle alcance alcanzados de lleno por Él.

Desde el atento desarrollo de la vida de san Agustín puede uno comprender sin dificultad, en efecto, que su conversión, lejos de limitarse a un hecho sucedido en un momento determinado, constituye más bien un camino, un itinerario, un proceso; a la postre, un modo habitual de ser y estar. Esto lo refleja maravillosamente su compleja y a la vez simplicísima biografía: repasando sus escritos, advierte uno luego que aquel camino emprendido como competente (los competentes eran aquellos catecúmenos inscritos en el registro de quienes aspiraban a bautizarse en la Vigilia Pascual) no terminó en la pila bautismal aquella noche santa del 24 al 25 de abril del 387, ya neófito él, sino que siguió prolongándose durante su dilatada existencia con la frescura interior de revivir aquellos días pascuales en Jesucristo, vida del alma y redentor del género humano, luz divina que alumbraba a los hombres y da paz a las cosas; su propia salud y su propia verdad (cf. *Confesiones*, 9,6,14). Su renacimiento a la vida nueva, puesto de relieve no sólo por el típico verbo bautismal *renacer*, sino por sinónimos equivalentes y felices como el paulino *revestirse* de Romanos 13,12, y el no menos expresivo y catequístico *imbutus*, con el que se designa a quien ha sido instruido, y consiguientemente dispuesto y disponible está en los misterios de la iniciación cristiana (cf. *La catequesis a principiantes*, 13,19), le ayudará en su ministerio pastoral, cuando, por ejemplo, recuerde a los fieles hiponenses la obra del sacramento en el alma: "Porque no somos nosotros la luz que *ilumina a todo hombre* (Jn 1,9), sino que somos iluminados por ti, a fin de que los que fuimos *algún tiempo tinieblas* (Ef 5,8) seamos luz en ti" (*Confesiones*, 9, 4,10).

Como antes del bautismo, también después de él, acabada incluso la semana pascual de catequesis pos-bautismal, la vida de Agustín siguió siendo, bien que de modo diverso, claro es, un camino de conversión, y así se mantuvo frente a maniqueos, pelagianos, donatistas y arrianos, en la *Basílica Pacis* o en su escritorio; así hasta su última enfermedad. El texto de Benedicto XVI con que abro este segundo apartado lo suscribo con un pequeño matiz añadido: el del adverbio *sólo*. Cualquier biografía de san Agustín, en efecto, debe preocuparse de ilustrar que la vida del santo "no fue *-¡¡¡sólo!!!-* un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino un camino". Pero también fue, sin duda, un acontecimiento biográfico con su lugar y su momento concretos en la biografía del hijo de santa Mónica. Tan puntual y mesurable y preciso, que de él arranca luego el camino del padre y doctor de la Iglesia que, buscando, avanzó, y avanzando, buscó alegre cual expositor y jamás remiso como oyente, siempre puesta la vista del corazón en la meta deseada, practicando una y otra vez las diligencias precisas para

discurrir de lo hallado a lo que había que hallar. Esto aparece con extraordinaria claridad, por ejemplo, en los *Sermones ad competentes*. Y ni que decir tiene que en la sólida teología con que el santo se enfrenta a los donatistas, cuando, a propósito del bautismo, distingue –y valga de botón de muestra-, entre *tener el sacramento* y tenerlo *ad salutem*. Justo por ese *ad salutem*, que reclama la presencia de la caridad actuando en el alma, y ya se sabe que la caridad es *per se* difusiva, debe transmitirse, o sea darse [y uno la da en la medida en que él mismo se da al darla...], justo por eso, digo, puede san Agustín ser calificado como:

3. Santo de la búsqueda. “Fue siempre –prosiguió el Papa en aquella mañana - una persona que estaba en búsqueda. No se contentó jamás con la vida como se presentaba y como todos la vivían. La cuestión de la verdad lo atormentaba siempre. Quería encontrar la verdad. Quería saber qué es el hombre; de dónde proviene el mundo; de dónde venimos nosotros mismos, a dónde vamos y cómo podemos encontrar la vida verdadera. Quería encontrar la vida correcta, y no simplemente vivir a ciegas, sin sentido y sin meta. La pasión por la verdad es la verdadera palabra clave de su vida. Realmente, lo guiaba la pasión por la verdad”. Un fragmento, éste, muy rico en matices y merecedor de libro largo. Adentrémonos, sin embargo, en él, siquiera sea con el sencillo bagaje de este análisis de urgencia que traigo entre manos.

A nada que uno repare en el texto, notará qué de veces figura en él la palabra verdad. A primera vista por lo menos, todas guardando relación con el término búsqueda. No es capricho, no. Tampoco, digamos, manía; ni menos aún el recurso fácil a dicho vocablo por quien viene haciendo de su pontificado en toda la Iglesia un culto a la verdad. Ello se debe de todas todas -uno así lo entiende por lo menos-, a que el teólogo –y agustinólogo- Ratzinger habita dentro de la sotana blanca de Benedicto XVI. Y precisamente de esto último quiero yo hacer aquí emblema. Se trata entonces, más bien, de observar ahora con aumento, lupa agustiniana en mano, una constante que se dio en la vida de aquel cultivador de verdades al servicio siempre de la gran Verdad, o sea el Pastor de almas Agustín de Hipona. Buceador intrépido él, escalador tenaz, pensador incansable de la más alta escuela teológica. Los títulos atingentes al conocido como santo de corazón inquieto ilustran de modo implícito esta faceta biográfica. Siempre inquieto, siempre en pos de infinitud, siempre “inflamado en el amor a la verdad a indagar” [= *quoniam rapimur amore indagandae veritatis*] (*La Trinidad*, 1, 5,8). Lo que en su período anterior al maniqueísmo, por no discurrir bien asesorado, le valió hundirse en el despeñadero de los insensatos verborreicos -así define a los maniqueos-, de aquellos parlanchines y vendedores de mentiras, llegando él mismo a sentar plaza en el “doble oficio de seducidos y seductores, de engañados y engañadores” (*Confesiones*,4,1,1), luego, cuando sonó la hora de levantarse cual hijo pródigo para dar los pasos necesarios hacia la conversión y, una vez convertido y ya pastor de almas, para seguir dándolos hacia las cumbres de la teología, fue decisivo y desempeñó un papel de veras fundamental.

No demos al olvido que el aforismo *Amicus Plato sed magis amica veritas*, aspiración y consigna de las *Revisiones*, dicho aristotélico al que siempre se atuvo, encuentra el más alto emplazamiento en sus obras, donde podemos leer que todo hombre, “si se aparta de la verdad de Dios, permanecerá en su mentira” (*Sermón* 28 A). Tácito modo de relacionar verdad con Verdad. Quien así pudo escribir, había empezado a enfervorizarse por la verdad leyendo el *Hortensio* de Cicerón. Y claro es que la verdad fue siempre la estrella polar de su búsqueda: le ocurrió con Fausto, en sus consultas a san Jerónimo tratando de

esclarecer puntos oscuros de la Biblia, en los pasos sucesivos hasta la conversión y, a la postre, disputando con cismáticos y herejes: su dialéctica con los donatistas comprende a menudo este fértil campo.

Ciertamente la verdad completa va con las Escrituras, es don de Dios a su pueblo; “está de parte de la luz” (*Sermón* 128,8). Desde la cumbre de la teología, no se cansa de repetir que Jesús es la Verdad, realidad total del don del Padre y de su designio salvador, quien ayuda al hombre a obrar en espíritu y en verdad (Jn 4,23); incluso que el Hijo es la verdad nacida del Padre veraz; y el Padre, el origen veraz del Hijo verdad (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 14,9). Pocos resquicios habrá en la instrucción vaticana *Donum veritatis* sin resonancia agustiniana. Razón que le sobraba, pues, a Benedicto XVI aquella mañana de Pavía para afirmar de su maestro: “La pasión por la verdad es la verdadera palabra clave de su vida”. Al habitar la verdad dentro de uno mismo –aserto propio de aquel eximio teólogo de la interioridad-, se hace inmanente a lo interior de uno, incluso al mismo ser en duda, al ser racional en inquietud. San Agustín entiende que la verdad se mueve con nuestro interior proceso de búsqueda, crece con nuestra duda, en nuestras angustias anida y con nuestras ansias corre. No hay, pues, en el Hiponense vía de acceso a la verdad sino a través de la indagación de aquel misterioso abismo propio del hombre interior. Y para descender a los recónditos reductos del hombre interior es de todo punto preciso hacerlo por los sinuosos desfiladeros del anonadamiento.

4. La estrecha senda de la humildad. Lo recordó también Benedicto XVI aquella histórica mañana en Pavía: “A la humildad de la encarnación de Dios debe corresponder —este es el gran paso— la humildad de nuestra fe, que abandona la soberbia pedante y se inclina, entrando a formar parte de la comunidad del cuerpo de Cristo; que vive con la Iglesia y sólo así entra en comunión concreta, más aún, corpórea, con el Dios vivo. No creo necesario decir cuánto nos atañe todo esto: ser personas que buscan, sin contentarse con lo que todos dicen y hacen. No apartar la mirada del Dios eterno y de Jesucristo. Aprender la humildad de la fe en la Iglesia corpórea de Jesucristo, del *Logos* encarnado”. Si la humildad es clave para entender la teología de san Agustín (cf. *La santa virginidad*, 31,31) en lo que atañe a su cristología se hace del todo imprescindible por esencial, definitoria y definitiva. Diríase que cristología y humildad, en estudios agustinianos, fueran sinónimos, pues “nuestra perfección es la humildad” (*Comentarios a los salmos*, 130,14). De ahí que nos la presente como novedad del cristianismo, pues los paganos, orgullosos e incapaces de sentir el menor atractivo hacia ella, la desconocían.

“Era [el Señor] maestro de la humildad de palabra y obra; en efecto, en cuanto a la palabra, ya desde el comienzo de la creación, nunca calló ni cesó de enseñar la humildad por medio de los ángeles y los profetas; y se dignó enseñarla también con su ejemplo” (*Sermón* 340 A,5). “El Doctor de la humildad (*Doctor autem humilitatis*), que participa de nuestra flaqueza y nos da la participación de su divinidad, que descendió para enseñarnos la senda y ser para nosotros el camino, se dignó encomendarnos de un modo especial su humildad” (*Comentarios a los salmos*, 58, I, 7). Se encarnó, pues, para mostrarnos el camino hacia Dios, deviniendo así señal del camino, nuestro camino, y meta del camino. “El nos enseñó la vía de la humildad descendiendo para ascender después, visitando a quienes yacían en el abismo y elevando a quienes querían unirse a él” (*Sermón* 340 A, 4).

Ciencia profunda, elevada, de plenitud, esta de la humildad. Ocurre como con la interioridad, tan unida, dicho sea de paso, a la humildad. Al contrario de la soberbia, o del orgullo, e incluso de la sensualidad, digamos que la humildad enriquece. La humildad es

centrípeta; la soberbia, centrífuga. La humildad es acariciadora, eclesial, esperanzadora. La soberbia, en cambio, disgrega, es anticristiana, perturbadora. Más aún. Si la soberbia, de puro querer obrar a capricho, arroja las cosas íntimas de sí, la humildad, por el contrario, a fuerza de cobijarse en Dios y buscar el calor de su divino regazo, las apetece. Aquí pasa como en la fe, donde una cosa es creer *a* Dios y otra creer *en* Dios: “*Esta es obra de Dios: que creáis en quien él envió* (Jn 6, 29). *Que creáis en él*, no que le creáis. Pero, si creéis en él, le creéis; en cambio, quien le cree, no cree en él al instante. De hecho, incluso los demonios le creían, mas no creían en él. [...] ¿Qué es, pues, creer en él? [...] No una fe cualquiera, sino *la fe que obra mediante el amor*” (*Tratados sobre el Ev. de San Juan*, 29,6). Benedicto XVI afirma que “a la humildad de la encarnación de Dios debe corresponder la humildad de nuestra fe”. Ya se ve cuál y por dónde y quiénes.

Predicar o escribir de la humildad, por tanto, no es vivir *en* humildad. Es cuestión no sólo de ser humildes por Él, sino *en* Él. Y entre las plausibles metas que la humildad ansía están la presencia de Dios, más íntimo que todo lo íntimo, su amistad y su gracia, el gozo interior y el deleite de la belleza espiritual. “¡Qué elevado eres, [Señor]! Sin embargo, los humildes de corazón son tu casa” (*Confesiones*, 11, 31,41). En resumen, “donde está la humildad, allí está la caridad” (*Tratados sobre la Primera Carta de San Juan, Prólogo*). Y para la verdad, ningún camino como la humildad. Donde la humildad germina, el vergel florece; donde la soberbia, el erial. Nada extraña que san Agustín diga que la humildad conduce a la intimidad y contacto con Dios, que se deja tocar de los humildes: “Altísimo es Dios, y es alcanzado por los humildes” (*Comentarios a los salmos*, 74, 2; cf. *Carta* 140, 24, 60-61).

Entendida la humildad en Cristo y a la luz de Cristo; vista en cuanto factor decisivo del dogma cristiano, ya que había sido ella misma fundamental ayuda para arrancarle del neoplatonismo, san Agustín, no vaciló en trasvasar tan precioso tema doctrinal a su vida diaria de monje y pastor hiponense, atento a la solicitud de la Madre Iglesia. Si el pincel no lo hubiese dicho con el lenguaje de los colores y los artistas plasmado a placer, bastaría echar mano de cuanto su disponibilidad al servicio eclesial dice y enseña. Cuando la pintura ha inmortalizado en los lienzos al santo que lava los pies al Salvador es porque sus textos, que abundan en el *Christus humilis*, así lo permiten; diré más: así lo reclaman.

5. La carga del ministerio. “Así describe lo que desde entonces constituía su vida diaria: ‘Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, confutar a los opositores..., estimular a los negligentes, frenar a los pendencieros, ayudar a los necesitados, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y amar a todos’ (cf. *Sermón* 340, 3). ‘Predicar continuamente, discutir, reprender, edificar, estar a disposición de todos, es una carga enorme, un gran peso, un trabajo inmenso’ (*Sermón* 339, 4)”.

Los dos sermones que Benedicto XVI cita de san Agustín tratan del ministerio episcopal. En el 339 afronta concretamente *el peso de ser obispo*, un tema para cuya plástica exposición acudió a la imagen de una palabra emblemática del latín: *sarcina*. En un aniversario de su ordenación episcopal, al que pertenece este sermón 339, Agustín rompe lanzas con estas palabras introductorias: “El día de hoy, hermanos, me invita a reflexionar más detenidamente sobre la carga (= *sarcinam*) que llevo encima” (*Sermón* 339,1) Y añade más adelante: “Entre cada uno de vosotros y yo, ésta es la diferencia: vosotros casi no tenéis que dar cuenta más que de vosotros mismos, mientras que yo tengo que darla de mí y de todos vosotros. En consecuencia, es mayor la carga (*maior est sarcina*), que, bien llevada, comporta una mayor gloria; pero, ejercida sin fidelidad, precipita en el más

terrible de los suplicios” (*Ib.*,1). Es muy posible que de haber realizado la visita a Pavía dos años más tarde, el inciso agustiniano *ejercida sin fidelidad*, le hubiera dado pie al Papa para venir al ahora tan traído y llevado argumento de la pederastia.

Cierto es que la vida diaria de san Agustín también estaba compuesta por el gobierno de los monjes que él había fundado, para quienes escribe una Regla bajo la que viven hoy no menos de cuatrocientas familias religiosas en la Iglesia católica. En dicho documento dedica un capítulo, el VII, al ejercicio de la obediencia y de la autoridad. Hay en él un texto referido al prior. Un texto que guarda parecido con el que Benedicto XVI citó en la homilía, obviamente en ésta (homilía papal) y éste (Sermón 339) referido al obispo y los fieles, mientras que el de la Regla contempla el cometido del prior con sus monjes en las relaciones de autoridad y de obediencia. Dice así: “Sea [el prior] para todos ejemplo de buenas obras, corrija a los inquietos, consuele a los pusilánimes, sostenga a los débiles, sea paciente con todos. Mantenga la disciplina con agrado, infunda respeto (cf. *El trabajo de los monjes*, 28,36). Y aunque lo uno y lo otro sea necesario, sin embargo, procure más bien ser amado de vosotros que temido, pensando siempre que ha de dar cuenta a Dios de todos vosotros” (*La Regla*, 7,3).

El beato Juan XXIII recuperó para el ministerio petrino una frase muy usada por san Gregorio Magno, santo padre de la Iglesia muy afín al Hiponense, de quien hereda, entre otras felices ideas, la de entender el ministerio como servicio. Si san Agustín solía encabezar sus cartas con un invariable “Yo, Agustín, siervo de Cristo”. O también: “siervo de Cristo y de los siervos de Cristo” (*servus Christi servorumque Christi*), excusado es decir que a san Gregorio le faltó tiempo para denominar su ministerio papal como el del *siervo de los siervos de Dios*. Con Juan XXIII y el Vaticano II este calificativo volvió al primer plano de la eclesiología. Choca que el Papa, practicante de este espíritu de servicio, no lo recogiese en su visita a Pavía. Máxime teniendo en cuenta que el *Sermón 340 A* trata del ministerio episcopal. Predicado en el año 411 con motivo de una ordenación episcopal, he aquí lo que de pronto dice a los fieles sobre el nuevo obispo ordenado y de sí mismo: “Se nos ha puesto al frente de vosotros y somos vuestros siervos; presidimos, pero sólo si somos útiles” (*praesumus, sed si prosumus*) (*Sermón 340 A*, 3). Nótese el juego de palabras con que Agustín se dirige a su auditorio. Mejor rendiría la traducción si dijera: *presidimos si [os] servimos*.

Volviendo a *sarcina* (= fardo, peso, mochila o macuto del soldado), diré que integra el vocabulario militar. San Agustín se aplica este vocablo muy a menudo, desprovisto, eso sí, del tinte castrense y lleno del colorido cristiano: carga del soldado de Cristo. En tal sentido lo utiliza siempre -excepto en el empleo de *onus* (*Sermón 82,15*)-, sobremanera para significar precisamente la carga pastoral del episcopado (cf. *Cartas 31,4*; 149, 3,34; *Sermón 178,1*). Por supuesto que este término comprende otros sentidos, como, por ejemplo, el de la obligación de rebatir a los herejes y cismáticos donatistas. Sirva el que aquí destaco para ilustrar más a propósito la visión agustiniana del ministerio servicial.

6. Enamorado del amor de Dios. Ya por la tarde, durante el rezo de Vísperas, Benedicto XVI dejó este maravilloso testimonio sobre la figura de san Agustín y el amor de Dios, centrado sobre lo nuclear de la vida cristiana y con evidente alcance biográfico: “aquí, ante la tumba de san Agustín, quisiera volver a entregar idealmente a la Iglesia y al mundo mi primera encíclica, que contiene precisamente este mensaje central del Evangelio: *Deus caritas est*, ‘Dios es amor’ (1 Jn 4, 8. 16). Esta encíclica, y sobre todo su

primera parte, debe mucho al pensamiento de san Agustín, que fue un enamorado del amor de Dios, y lo cantó, meditó, predicó en todos sus escritos, y sobre todo lo testimonió en su ministerio pastoral”.

El amor de Dios viene a ser en san Agustín como el paradigma de su entera actividad pastoral, como la clave y el pentagrama con que interpretar la genial partitura de sus escritos, como el espíritu, en fin, que preside la vida y obras del Doctor de la Gracia. Conformaba también uno de los principios de su método teológico. Y no es hacer de menos a los otros santos padres y doctores de la Iglesia el hablar así, no. Se trata más bien, diríase, de sacar a flote, subrayándolo, aquello que inspira, centra y determina su doctrina toda. En *La ciudad de Dios* luce el texto clásico de tan repetido en las antologías de espiritualidad y teología: “Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el Señor. Aquella solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios como testigo de su conciencia. Aquella se engríe en su gloria; ésta dice a su Dios: *Gloria mía, tú mantienes alta mi cabeza* (Sal 3,4). La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en la caridad los superiores mandando y los súbditos obedeciendo. Aquella ama su propia fuerza en los potentados; ésta le dice a su Dios: *Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza* (Sal 17,2)” (*La ciudad de Dios*, 14, 28).

Pero Benedicto XVI sorprende al lector común –no tanto a los especialistas, por dejarse traslucir leyendo y cotejando sus obras y las de san Agustín- cuando declara que su primera encíclica –*Deus caritas est*- “debe mucho al pensamiento de san Agustín”. Más aún, cuando incluso matiza con el inciso “y sobre todo su primera parte”, está reforzando de implícito modo la veracidad de su aserto. ¿De qué manera entendía san Agustín ese “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16) del que dice el Papa que constituye el mensaje central del Evangelio? La respuesta viene dada en los escritos agustinianos, obviamente. A fuer de preciso diré que podemos encontrarla con especial facilidad en los *Tratados sobre la Primera Carta de San Juan*. Comentando esta joya del Nuevo Testamento, san Agustín razona la decisión diciendo: “En esta carta –tan dulce para quienes tienen sano el paladar del corazón en el que se saborea el pan de Dios y tan célebre en la santa Iglesia de Dios- se encarece sobre todo el amor. Muchas cosas dice en ella [el Apóstol] y casi todas acerca de la caridad” (*Tratados sobre la Primera Carta de San Juan, Prólogo*).

Es en la *Homilía séptima*, en concreto, donde el predicador afronta el dulce y delicado tema del amor de Dios. Y donde figura la conocida y maltratada frase *Ama y haz lo que quieras*, que en la pluma del que la escribió tiene un sentido bien diverso al que se le suele atribuir: “Ama y haz lo que quieras: si callas, calla por amor; si gritas, grita por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Exista dentro de ti la raíz de la caridad; de dicha raíz no puede brotar sino el bien” (*Sobre la Primera Carta de San Juan*, 7,8). Dispuesto a combatir residuos paganos en la concepción antropomórfica que de Dios tenían aún cristianos de su tiempo, a causa de una fe no del todo purificada, el Obispo de Hipona siguió firme en el empeño, y algún pasaje de no pocos de sus sermones así lo deja traslucir. En el comentario a esta Carta de san Juan, el lector puede comprobarlo, por ejemplo, en este fragmento: “No pienses nada de eso –dice aludiendo al mencionado antropomorfismo-. Tienes otra cosa en qué pensar si quieres ver a Dios. *Dios es amor*. ¿Qué rostro tiene el amor? ¿Qué forma, qué estatura, qué pies, qué manos tiene? Nadie lo puede decir. Y, sin embargo, tiene pies, pues son ellos los que conducen

a la Iglesia; tiene manos, pues son ellas las que dan al pobre; tiene ojos, pues con ellos se mira por el necesitado. [...] No son miembros diversificados espacialmente; no, el que tiene caridad, lo ve todo y a la vez con la inteligencia. Habita en ella y ella habitará en ti; permanece en ella y ella permanecerá en ti” (*Sobre la Primera Carta de San Juan*, 7,10).

7. El amor es el alma de la vida de la Iglesia. “El mensaje que repite también hoy san Agustín a toda la Iglesia [...] es el siguiente: el Amor es el alma de la vida de la Iglesia y de su actividad pastoral”. A propósito de lo que tales palabras de Benedicto XVI me sugieren diré que tengo escrito y repetido por ahí que la espiritualidad de san Agustín es genuinamente eclesiológica, porque de la eclesiología deriva, en ella se robustece, a su misterio responde y por su cauce fluye. De tal suerte la Iglesia es para san Agustín centro de su espiritualidad que éste no vacila en hacer del amor eclesial el parámetro de la perfección cristiana: “Cada cual, dice, tiene el Espíritu Santo en la medida en que ama a la Iglesia de Cristo [...]. Tenemos, pues, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia; ahora bien, la amamos si estamos en su trabazón y caridad” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 32,8).

La Iglesia, ciertamente, “va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios” (*La ciudad de Dios*, 18, 51,2; cf. LG 8), con la certidumbre de que, por su caridad, “de nadie es enemiga y de todos es madre” (*La catequesis a principiantes*, 15,23). Se explica, pues, que, llevado de la fina sensibilidad eclesial aprendida del Hiponense, Pablo VI acuñase aquella expresión de la *Iglesia experta en humanidad*, que luego ha hecho fortuna por doquier y que, en cierto modo el propio Vaticano II, también sin duda bajo el espíritu del Hiponense, corroboró con textos admirables como, por ejemplo, éste de la *Gaudium et spes*: “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón [...] por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS, 1). De ahí que el amor sea el alma de su vida.

Un amor, éste de la Iglesia, que sólo se posee dentro de la unidad (cf. *Sermón* 265,11; 45,7), ya que “no tienen el amor a Dios los que no aman la unidad de la Iglesia” (*Tratado sobre el bautismo* 3, 16,21). Un amor, por otra parte, que le viene a la Iglesia de su esposo; pues “el esposo (Cristo), listo para emprender el viaje (Ascensión), confió su esposa (la Iglesia) a sus amigos, no para que entregue su amor a alguno de ellos, sino para que siga amándolo a él como a esposo, y a ellos como a amigos del esposo, pero a ninguno de ellos como a esposo” (*Sermón* 268,4). De ahí la necesidad de amarla y defenderla: “Nosotros –predicaba nuestro santo sobre la paz y el amor, allá en mayo del 411 y en Cartago- amamos la Iglesia católica, permanecemos en ella y la defendemos; a sus enemigos los invitamos a hacer las paces y a reconciliarse con ella no en base a opiniones humanas, sino con testimonios divinos [...], pues sólo la verdad vence. La victoria de la verdad es el amor” (*Sermón* 358,1). “Quien ama la hermosura de la casa de Dios no hay duda de que ama a la Iglesia [...] en virtud de los hombres creyentes y santos que aman a Dios con toda su corazón, con toda su alma y con toda su mente; y al prójimo como a sí mismos” (*Sermón* 15,1). Los textos agustinianos abundan y cantan solos.

Que sea el amor el alma de la vida de la Iglesia es tesis que deriva, en definitiva, del principio agustiniano que define a la Iglesia como el *Christus totus*. “El Señor es Cabeza y el Cristo total es cabeza y cuerpo” (*Sermón* 72 A, 7). Los apóstoles “vieron la Cabeza y creyeron en el cuerpo; nosotros vemos el cuerpo y creemos en la Cabeza. A ninguno, sin embargo, le falta Cristo: en todos está íntegro” (*Sermón* 116,6). La Iglesia, extendida por

todo el orbe, es decir, la Iglesia universal, el ser único que habla en el salmo [...] clama desde los confines de la tierra cuando su corazón está en aprieto, clama desde las cuatro partes del orbe, que también la Escritura menciona con frecuencia (cf. *Sermón* 210,8). Clama y ama, podemos añadir. Porque en el único Cristo, cabeza y cuerpo, "una es la voz de ambos" (*Sermón* 129,4; cf. 144,5).

El amor, ese "dulce y saludable vínculo de las mentes, sin el que el rico es pobre y con el que el pobre es rico" (cf. *Sermón* 350,3), alma de las Escrituras, es también el alma de la Iglesia, porque "el amor pertenece al Espíritu Santo" y de él nos viene (*Sermón* 265,10). De modo que "no podemos amar a Dios sino mediante el Espíritu Santo", y "puesto que el Espíritu Santo es Dios [...] amemos a Dios desde Dios" (*Sermón* 34,3). Ahora bien, el Espíritu Santo es el gran Don de Dios a la Iglesia, de suerte que la Iglesia puede perdonar precisamente porque puede amar, y puede amar gracias a que tiene consigo al Espíritu del Amor. Así las cosas, quien tenga el Espíritu Santo estará dentro de la Iglesia (cf. *Sermón* 268,2), pues lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. *Sermón* 267,4).

8. Servir a Cristo es ante todo cuestión de amor. "Vuestra pertenencia a la Iglesia y vuestro apostolado deben brillar siempre por la ausencia de cualquier interés individual y por la adhesión sin reservas al amor de Cristo [...]. Sólo en él, Palabra pronunciada por el Padre para nosotros, se encuentra la unión entre la verdad y el amor, en la que se encuentra el sentido pleno de la vida. San Agustín vivió personalmente y analizó a fondo los interrogantes que el hombre alberga en su corazón y sondeó la capacidad que tiene de abrirse al infinito de Dios".

De la unión, íntima unión, entre la verdad y el amor nace el sentido pleno de la vida. Esto en san Agustín, aparte de constituir sólida doctrina en sus escritos y referencia constante de sus sermones, es pura biografía. A causa de su condición de siervo de Dios, secundará también con filial disponibilidad los requerimientos de la Madre Iglesia, pronto a convertirse en siervo suyo. Aceptó el ministerio, presbiteral en un principio y episcopal luego, por obediencia, o sea como respuesta dócil y pronta, rauda y prudente, a la llamada de lo alto. Y no sólo eso. Supo también ejercerlo cada día con amor. Planteó desde el principio su ministerio en clave de amor, y de amor práctico, servicial, esto es, de generosa entrega, radical desprendimiento, total, paulina, íntima donación a Dios en los hermanos y a los hermanos en Dios: "Sea oficio del amor (*amoris officium*) apacentar la grey del Señor, ya que fue indicio de temor haber negado al Pastor. Quienes apacientan las ovejas de Cristo con ánimo de hacerlas suyas propias y no de Cristo, claramente manifiestan que se aman a sí mismos y no a Cristo, haciéndolo con vistas a la gloria, al predominio o a la codicia, y no por amor de obedecer, hacer el bien y agradar a Dios" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 123,5).

Amor, pues, servicial el de san Agustín. Obediencial, podríamos agregar. De servicio caritativo y tierno, que también vale, incluso podríamos decir de *kénosis* o de rendido anonadamiento. Es ya casi tópico, de tan citado en libros y revistas, su insistente ruego de no salvarse solo, sino salvando consigo al pueblo: "Esta es toda mi ambición, mi honor, mi gozo, toda mi herencia y toda mi gloria. Si no me oís y yo sigo hablando, salvaré mi alma. Pero no quiero salvarme sin vosotros" (*Sermón* 17,2). El beato Juan Pablo II encabeza el tercer capítulo de su Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* con este significativo título: *servitium caritatis*. Cualquier agustinólogo encontrará fácil adivinar al Doctor de la Gracia en frases y giros de este documento, empezando, de entrada, por el

citado epígrafe, tan afín, si bien repara uno en ello, al de *amoris officium*. No se trata, por tanto, de buscar los intereses propios, sino los de Cristo.

Si “entrar en la escuela de los Padres quiere decir conocer mejor a Cristo y conocer mejor al hombre” -la frase es del beato Juan Pablo II durante su visita al Instituto Patrístico Augustinianum el 8 de mayo de 1982 (cf. Allocuzione *Sono lieto*)-, ello es muy cierto en el caso de aquel genial africano cuya preciosa vida no tuvo otro norte que, cabría decir –y permítanseme los términos- *eclesiologizar* la cristología y *cristologizar* la eclesiología. La misma iconografía agustiniana, por otra parte, suele inspirarse en instantáneas de variada procedencia: *La Vida de Agustín*, de san Posidio, la *Leyenda Áurea*, de Jacopo da Varagine, las propias *Confesiones*, por citar sólo tres. ¿Quién no ha visto alguna vez *El éxtasis de Ostia*, de Johann Scheffer von Leonhardshoff, conservado en el Museo del Louvre? ¿Y qué decir de esos óleos donde se muestra al de Hipona en curioso diálogo con el Niño de la concha junto al mar? Especial relieve tienen los del santo lavando los pies a Cristo peregrino: v. gr. El de Giovanni Lanfranco, que luce en la Iglesia de San Agustín, en Roma; o el de Murillo, hoy en el Museo de Bellas Artes de Valencia.

San Agustín interpreta la humildad del Señor puesta de relieve cuando el lavatorio de los pies como fuente de su propia humildad, sobre cuyos cimientos logra levantar a lo largo de su dilatada vida de padre y doctor de la Iglesia el edificio de su apostolado servicial, de su ministerio de amor (*amoris officium* o *servitium caritatis*). Servicio ministerial traducido en ponerse a los pies del necesitado lavándole los pies, o sea lavando en él los pies de Cristo. Eso parecía insinuar encabezando sus cartas con expresiones como “siervo de Cristo y de los siervos de Cristo”: *servus Christi servorumque Christi* (*Cartas* 217, 231, 268, 155, 157, etc.), fórmula ya comentada. En resumen, “cuando se ama a Aquel por quien se vive, no amándose a sí mismo, ama [uno] más, porque no se ama a sí por amar a Aquel que es su vida” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 123,5).

9. La Iglesia, una comunidad en la que se nos educa en el amor. “La Iglesia es una comunidad de personas que creen en el Dios de Jesucristo y se comprometen a vivir en el mundo el mandamiento de la caridad que él nos dejó. Por tanto, es una comunidad en la que se nos educa en el amor, y esta educación se lleva a cabo no a pesar de los acontecimientos de la vida, sino a través de ellos. Así fue para san Pedro, para san Agustín y para todos los santos. Y así es también para nosotros”. El fragmento papal, bien se nota, lleva mucha carga de la encíclica *Deus caritas est*. Y concretamente de su primera parte, la que, según propio confesión de Benedicto XVI, está inspirada en el santo de Hipona.

Póngase una especial atención en el modo sutil de precisar el Papa que la Iglesia es para nosotros como una escuela de amor, y del amor por antonomasia, claro es, no tanto del sexual o meramente humano, cuanto del amor de Cristo que se nos allega corazón adentro con el maternal auxilio de la Iglesia. Dicho de otro modo, se trata sobremanera de una educación en el amor llevada a cabo por la Iglesia no a pesar de los acontecimientos de la vida, que pueden ser de todos los colores y de innumerables signos, por supuesto, sino más bien a través de ellos. Es, pues, cometido, puestos a prevalernos de las virtudes teologales, de una educación en la fe, en la esperanza y en el amor. La eclesiología agustiniana contiene sobre dicho tema ideas magistrales, torrenceras de luz.

Tampoco se olvide que el retorno conversional de san Agustín consistió en volver a la Iglesia católica, de la que siendo joven se había apartado hasta hacerse uno de sus más

acérrimos contestadores. La conversión le hizo caer en la cuenta de su error: comprendió entonces que aquella Iglesia por él abandonada, combatida, olvidada, no era opuesta a Cristo, como le habían hecho creer (cf. *Confesiones* 6,11,18), sino más bien –y por manifestación de Cristo-, “verdaderísima madre de los cristianos” [= *mater christianorum verissima*] (*De las costumbres de la Iglesia católica*, 1,30,62), y depositaria de la verdad revelada (cf. *Confesiones*, 7,7,11). Una Iglesia, en fin, madre y maestra.

El amor en el -y con el- que la Iglesia nos educa, pues, se enciende según san Agustín en las sobrenaturales brasas del encuentro íntimo con Dios, un abrazo de amor, digamos, convertido, a fuerza de orar, en comunión de voluntad con Él. Aprendo entonces a mirar al que tengo delante no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva misma de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar a mi semejante sólo a través de las organizaciones encargadas de ello, sino que trasciende los intereses humanos y los convencionalismos mundanales. Al ver con los ojos de Cristo al que tengo ante mí, puedo darle mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita, regalarle mi tiempo, repartirle mi trabajo, hacerme su dulce compañía, prodigarle mi dedicación, darle mis energías. “El amor del hombre es, como quien dice, la mano del alma” (*Sermón* 125,7). Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Y a la inversa, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo «piadoso» con él, se marchitará también entonces en mí la relación con Dios. Será únicamente relación «correcta», pero sin amor. Sólo mi ayuda al prójimo traducida en amor, me hará sensible ante Dios. Sólo mi disponibilidad hacia él, abrirá mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que Él me ama.

Amor a Dios y amor al prójimo: inseparables ambos; un mandamiento. Viven del amor que viene de Dios, que nos amó primero. Así que, lejos de ser un «mandamiento» externo que nos impone lo imposible, constituye más bien una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. Porque el amor crece a través del amor. Es «divino» porque de Dios proviene y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa. Crece dándolo. Y lo damos de verdad cuando en él nos damos. La Iglesia es manifestación de la paternidad universal de Dios mediante la caridad. El Pastor de almas Agustín de Hipona es universalmente conocido entre especialistas y eclesiólogos como el santo de la *Ecclēsia Mater*, de una Iglesia Madre y a la vez, como María, virgen. Madre por el ardor de la caridad, virgen por la integridad de la fe que custodia, defiende y enseña (cf. *Sermón* 188,4).

10. Servicio de caridad, anuncio de la Palabra y celebración de los sacramentos. “La maduración personal, animada por la caridad eclesial, permite también crecer en el discernimiento comunitario, es decir, en la capacidad de leer e interpretar el tiempo presente a la luz del Evangelio, para responder a la llamada del Señor. Os exhorto a progresar en el testimonio personal y comunitario del amor con obras. El servicio de la caridad, que con razón concebís siempre unido al anuncio de la Palabra y a la celebración de los sacramentos, os llama y a la vez os estimula a estar atentos a las necesidades materiales y espirituales de los hermanos”.

Ningún servicio mejor de caridad que el de amarse mutuamente. Sobre todo habida cuenta de que él mismo nos ha dado este amor mutuo, al elegirnos sin tener fruto alguno,

por no ser nosotros los que le elegimos a él. Con este amor que del Señor proviene “nos amamos unos a otros y amamos a Dios, porque nuestro amor mutuo no sería verdadero sin el amor de Dios”. Y es que “se ama al prójimo como a sí mismo si se ama a Dios, porque el que no ama a Dios, tampoco se ama a sí mismo” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, 87,1). Acerca de tales ideas el fundador de monjes y escritor de una Regla monástica bajo cuyo espíritu viven actualmente en la Iglesia no menos, ya digo, de cuatrocientas familias religiosas, consiguió verdaderas filigranas de doctrina a lo divino. Somos hechura de Dios, esa es la verdad. De ahí que nuestro quehacer deba discurrir acorde con los múltiples consuelos de su bondad y los sublimes dones de su gracia.

Tiene san Agustín, por otra parte, una hermosa definición de lo que representa y es el sacerdote cuando lo retrata como ministro de la palabra y del sacramento (*dispensator verbi et sacramenti*). En el fondo, estamos ante una lograda síntesis de cuanto entraña y requiere la evangelización. Apenas ordenado presbítero, tira de pluma y escribe a su obispo Valerio suplicándole tiempo, esa criatura indefinible, imperceptible e inmaterial que, sin embargo, medimos con absoluta precisión, tiempo de preparativos, tiempo para instruirse en los salubérrimos consejos de las santas Escrituras, porque “los hechos – dice- me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para distribuir al pueblo el sacramento y la palabra de Dios” (*Carta* 21,3). Servicio de caridad es también, al fin y al cabo, anunciar la Palabra, exponerla, defenderla y amarla. “El doctor y expositor de las Escrituras divinas –puntualiza-, como defensor que es de la fe y delator del error, debe enseñar lo bueno y desenseñar lo malo (*et bona docere, et mala dedocere*), y asimismo mediante el discurso apaciguar a los contrarios, alentar a los tibios y enunciar a los ignorantes de qué se trata, y qué deben esperar” (*La doctrina cristiana*, 4, 4,6).

Consciente de que “no hay tiempo alguno en que no sea conveniente y necesario hacer obras con que podamos agradar a Dios” (*Carta* 104,11), Agustín el Hiponense comprobó ya en su lograda vida de servicios y prestaciones pastorales de qué modo la maduración personal, animada por la caridad eclesial, permite también crecer en el discernimiento comunitario, es decir, en la capacidad de leer e interpretar el tiempo presente a la luz del Evangelio, para responder a la llamada del Señor. *La ciudad de Dios* podría ser un buen ejemplo. Maduración personal, caridad eclesial y discernimiento comunitario constituyen, por eso, una tríada de muy difícil ejecución en las biografías humanas, comprendidas las cristianas, pero que, una vez conseguida ella, brilla con singular esplendor conformando eso que el Papa llama “testimonio personal y comunitario del amor con obras”.

“Habló [tu Palabra] en el evangelio mediante la carne, y esta Palabra resonó al oído externo de los hombres, para que creyeran en ella, la buscaran dentro de sí mismos y la hallaran en la verdad eterna, donde el Maestro bueno y único instruye a todos sus discípulos. Allí escucho tu voz, Señor, que me dice que nos habla aquel que nos instruye, pero que el que no nos instruye, por mucho que hable, no nos habla a nosotros” (*Confesiones* 11, 8,10). Cosa es, en definitiva, de ponerse ojo avizor a las necesidades materiales y espirituales de los hermanos, meta nada fácil pero alcanzable a fin de cuentas a base de saber escuchar la voz del Señor dentro del alma, la “voz del que nos instruye”. Se trata, en resumen, de amar a la Iglesia, permanecer en la Iglesia y ser de la Iglesia (cf. *Sermón* 138,10). El fidelísimo biógrafo de san Agustín, san Posidio, lo resumió con estas pinceladas únicas, logradas a carta cabal: “comunicaba a los demás lo que del cielo recibía con su estudio y oración, enseñando a presentes y ausentes con su palabra y escritos” (*Vida de san Agustín*, 3). Admirable aporte al discernimiento comunitario.

&&&

Concluyo estas reflexiones con el exhorto final de Benedicto XVI al término de su viaje a Pavía. En cierto modo inspira el titular de mi artículo: “Recomencemos desde aquí –dijo el Papa en tan memorable circunstancia- llevando en nuestro corazón la alegría de ser discípulos del Amor”. Hagámoslo –añado yo ahora- de la mano maestra de san Agustín, que fue un enamorado del amor de Dios y no cesó de testimoniarlo en su ministerio pastoral.

PEDRO LANGA AGUILAR, O. S. A.